

LIBROS

HISTORIA DESDE EL CORAZON

NOTAS AL LIBRO DE ANTONIO TOVAR "EN EL PRIMER GIRO".

SI la Filología es la ciencia del habla humana, su mejor sentido será siempre aplicarla a entender lo que los hombres han hablado y lo que todavía nos hablan desde su fenecida existencia a través de la letra escrita y conservada. Esta es tentación demasiado fuerte para no seguirla cuando el aprendizaje o el alcanzado magisterio en las duras artes del lenguaje han puesto andaderas al incierto pie del hombre; y así se comprende que los filólogos, desde que existe su magnífica disciplina, queden raramente en lingüistas o técnicos del lenguaje y se conviertan en genuinos historiadores, en hombres morosamente preocupados por escrutar y adivinar la vida estremecida o pensadora que late por debajo de la fría letra muerta. Tan es así, que en la patria por excelencia de la filología moderna —la Alemania sabia— es frecuente confundir en el uso los términos "historiador" y "filólogo". Este sencillo suceso lleva en sí mucho meollo, nada menos que la relación entre el habla y la Historia. Pero yo no quiero abordar aquí tan pavoroso problema. Voy a limitarme a exponer en orden unas cuantas ideas que me ha sugerido la lectura del agudo e incitante libro *En el primer giro*, que el filólogo Antonio Tovar, mi constante camarada, acaba de dar a las prensas (1).

La aventura historiográfica de los filólogos debe partirse en dos períodos, más estrictamente separados en el método que en la cronología. Un primer momento es el que podría llamarse del deslumbramiento, y tiene lugar cuando la filología se ha constituido como ciencia. Hállase entonces el mundo empapado por la emoción y el orgullo de las cien-

(1) *En el primer giro*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1941. Un vol. de 162 págs.

cias naturales y exactas. La recién nacida filología científica ha enseñado al hombre a leer y criticar los textos sobre que se apoya la narración histórica. ¿Es extraño que el filólogo piense tener en sus manos un método científico apto para hacer auténtica e incontestable la historiografía, limpia de los prejuicios que un conocimiento insuficiente de las “fuentes” escritas pudiese poner en su mente? Es el tiempo de Wolf, de Niebuhr, de Ranke. El historiador filólogo y crítico cree haber llegado ya a la tierra prometida: el método nos pondrá ante los ojos los hechos históricos con toda objetividad, libres de las impurezas pragmatistas y de las adherencias ideológicas o religiosas que el historiador no avisado incrustaba hasta entonces en su relato. La narración histórica nos cuenta lo ocurrido *wie es eigentlich gewesen*, “como propiamente aconteció”, que decía Ranke. Es muy curioso, lo apunta Fueter, que el anhelo de esta presunta objetividad científica tuviese sus raíces en el corazón mismo de la actitud romántica: en la pasión del Romanticismo por lo puro, incontaminado, primigenio y popular. Las “fuentes” del filólogo traerían por su arcaduz las purísimas aguas de la romántica Arcadia.

Ya la mirada aquilina de Hegel había puesto sobre la pista del engaño. Aquella historiografía de los filólogos críticos, aparentemente objetiva y exenta de supuestos, traía su gato encerrado. A despecho de su buena fe, el historiador “objetivo” —escribía Hegel— “trae consigo sus categorías y ve a través de ellas lo existente”. La famosa “imparcialidad” de Ranke no era sino el supuesto histórico de la convivencia humana en el Estado moderno: “imparcialidad” no quería decir en este caso “verdad”, sino exposición a gusto de todos o, más precisamente, a no disgusto de ninguno. La *Historia de los papas*, de Ranke, tiene el arte de no disgustar a católicos ni protestantes, pero no por ello es más cierta que la de L. v. Pastor, escrita para católicos. Dilthey profundizó más en este problema de los supuestos historiográficos cuando descubrió la estructura en círculo esencial a la comprensión hermenéutica de la realidad histórica; y Heidegger, más tarde, ha demostrado su constitutividad ontológica.

La Historia tiene que ser escrita, necesariamente, desde una situación humana; la pura objetividad de la narración histórica sería uno de los *idola* baconianos. Tal es el resultado actual de la meditación sobre la tarea historiográfica. Pero ello no hace sino plantear nuevos y graves problemas. ¿Hasta dónde debe llegar la necesidad y desde

dónde comienza la arbitrariedad subjetiva en esa participación que en el relato tiene la propia situación histórica del historiador? ¿Cómo se engarza esta situación mía con la de los hombres pretéritos sobre que versa mi relato? He aquí los problemas más arduos de la historiografía actual. Yo no trato de enfrentarme con ellos en el estrecho ámbito de estas notas críticas. Basta a mi empeño tenerlos presentes y mostrar la actitud del filólogo en nuestro tiempo.

Con más o menos conciencia teórica y expresa de este trasfondo filosófico, todos los filólogos verdaderamente actuales proceden bajo su dictado. No es preciso recurrir al tonante y ya viejo ejemplo del filólogo Niétsche, empeñado en comprender a Grecia desde su alma, frente al más científico y positivo Wilamowitz. Hasta en los filólogos más entregados a la "artesanía filológica" puede descubrirse sin esfuerzo el nuevo *pathos* del historiador. Leí hace poco un libro reciente de Carcopino sobre los cultos herméticos en el Imperio romano, e iba descubriendo por debajo de aquella filigrana crítica cómo los hallazgos del autor reflejaban en cierto modo la conciencia religiosa de nuestro tiempo, latentes sin duda en su alma. Otro tanto puede decirse de la historia filológica de nuestro Antonio Tovar, tan aguda y apasionada, tan sincera y abiertamente escrita desde su corazón de español de este tiempo:

Sean cualesquiera las respuestas que uno dé a las preguntas antes planteadas, algo puede decirse previamente a ellas. Me refiero a cierta posible división en las actitudes del historiador respecto a su narración hermenéutica: la historia desde la cabeza y la historia desde el corazón, desde la vida. Uso deliberadamente el término "cabeza" y no el de "razón", para señalar que tanto uno como otro tipo de filólogos historiadores no son "racionalistas". Los que hacen historia "desde su cabeza" operan con un manojo de supuestos no reductibles a la pura y exclusiva razón: también la cabeza tiene su sangre y su latido. Casi huelga indicar que, por su parte, la historia desde el corazón necesita inexorablemente una trama de datos objetivos y de esquemas intelectuales.

Los filósofos filólogos representan arquetípicamente el modo de situarse ante tal quehacer que antes llamé "desde la cabeza". Los sutiles esfuerzos de Heidegger por comprender en su sentido último las palabras griegas *fainómenon*, *alétheia* o *logos*, y los de Reinhardt o Zubiri frente a Parménides, son ejemplos evidentes de aquella actitud frente

a la tarea historiográfica. Está claro que todos ellos interpretan el pasado, le adivinan si se quiere, desde una *situación intelectual*, la suya. ¿Pensaba el griego al decir *alétheia* lo que Heidegger interpreta? Tan sólo sabemos que es posible y que esa interpretación es válida para la situación actual de nuestra mente. El historiador auténtico —no limitado por tanto al mero acarreo de materiales— no puede pasar de esta meta: dar interpretaciones posibles del material histórico y conseguir que sean válidas para su tiempo. Adquirir suficiencia técnica para que esas interpretaciones sean *verdaderamente* posibles, y aun probables —es decir, no contradichas por *ninguno* de los datos positivos a la mano del hombre y apoyadas sólidamente sobre ellos—, es lo que constituye el difícil oficio del historiador. Adivinar una interpretación que sea válida para el tiempo en que uno vive es el arte secreto, a tan pocos concedido, del hombre vocado al quehacer historiográfico; aquello por lo que el historiador ha podido ser llamado profeta al revés.

La vocación y el temperamento de Antonio Tovar le han hecho elegir el otro camino que se ofrece al filólogo historiador de nuestro tiempo; hace su historiografía desde el corazón. Por debajo de un aparato documental y erudito siempre suficiente o magnífico, excepcional entre nosotros, late el alma misteriosa, atormentada y agonal de nuestro tiempo. Mira Antonio Tovar a la historia antigua desde un corazón vivo que ha descubierto el misterio, y con él la angustia y el entusiasmo, la esperanza y la nostalgia, la voz inefable del espíritu y el olor inquietante de la sangre, los imperativos de la creencia y de la lucha. No puede olvidar el hombre actual, sin embargo, que durante muchos decenios, siglos incluso, se ha enorgullecido ejercitando el magnífico instrumento de su razón, y mucho menos que gracias a ella puede dominar en alguna medida a la Naturaleza con la técnica y a la azarosidad del tiempo con el Estado. Acaso el nudo de nuestro drama consiste en la dificultad de soldar la ya antigua necesidad de la razón, a la que no podemos renunciar, y el renovado imperativo del misterio y de la fe.

Este estremecido encuentro con el misterio es justamente la experiencia íntima y última desde la cual puede interpretarse en su esencia la incipiente obra filológica de Antonio Tovar. El Mediterráneo que Tovar descubre no es el mar de la claridad, del orden y de la geo-

metría que, por ejemplo, conoció en su tiempo bonancible el filólogo Menéndez y Pelayo:

el ancho mar de Píndaro y de Safo

al que se precipitan en raudal *los áureos venusinos metros*. Tovar, en cambio, ve un Mediterráneo misterioso, con helénicos marineros aterrorizados por “las formas del miedo en Cíclopes o Escilas y las de la droga del viaje sin regreso en los bienaventurados países de Lotófagos y Feaces”, lleno de ruidos embriagadores y de músicas ritmadas con el corazón; y ante sus playas no se siente transido por la claridad, la *sofrosyne* y el orden, sino por la nostalgia de Nausícaas que pueden volver cualquier día. De la Antigüedad interesa a Tovar, en este su primer giro, ese siglo II, siglo de transición opaca y dramática entre una fe que muere y otra que nace; o esa misteriosa transfusión de la fe antoigua en la nueva que se descubre en la fundación del templo nuevo sobre el solar del viejo; o la disolución polémica y desgarradora de la democracia helénica; o los “sentimientos” políticos de Platón, en contradicción con la pregunta, hasta ahora tópica, por sus “ideas” políticas... Toda la obra de Tovar se halla atravesada por este signo del misterio y de la lucha. Lucano, en la *Farsalia*, “peleó en su interior una batalla que prefiguraba nuestra última guerra civil”, y es interpretado desde el punto de vista de lo que tal vez sean nuestros nietos. Claramente se lee una vez este propósito de escribir historia desde el corazón: “En las notas que preceden no hay sino esfuerzo por ver claro, por examinar la Historia con los ojos abiertos a nuestra guerra en las experiencias de nuestra extraordinaria vida diaria de españoles...”

Aquí está, a la vez que en su pulcritud y suficiencia técnicas y eruditas, la excelencia y el riesgo de la obra de Antonio Tovar. “Quizá sólo así se vitaliza el pasado”, dice con plena razón nuestro autor. Antes hemos visto la constitutiva necesidad que el relato histórico tiene de apoyarse en la situación histórica del propio historiador. Mirando a la Antigüedad desde su pasible corazón de español, Tovar ha alcanzado a darnos una versión viva, caliente y aun apasionante de los sucesos remotos. Algo de nuestra sangre se mueve en las venas de ese Lucano y nuestra pasión política late en las tentativas helénicas por en-

contrar “la clave victoriosa de un régimen que estuviese por encima de las clases”.

No paran aquí, sin embargo, las ventajas del procedimiento. Esta participación de la propia vida en la obra filológica le ofrece a Tovar un rico haz de perspectivas inéditas para el estudio de la filología. En los *Apuntes sobre la filología clásica desde España* propone a nuestra futura investigación una serie de interesantísimas orientaciones dimanadas de nuestra peculiaridad histórica y cultural: la revisión de la vida y del pensamiento religiosos de la antigua Grecia desde una mentalidad contrarreformista o la valoración filológica de nuestra prehistoria. Apenas hay que ponderar lo que puede esperarse de inédito cuando estas sendas comiencen a ser recorridas.

Junto a la excelencia, el riesgo. Es evidente que la participación que en el relato tiene nuestra propia situación histórica lleva consigo el peligro de alterar —so capa de hermenéutica— los hechos pretéritos. Un cuidado exquisito nos es requerido para no meter en el corazón y en la cabeza del hombre antiguo sentimientos, ideas y sucesos intransferiblemente nuestros, exclusivos de nuestra propia historia. Frente a la ambición desmedida y vana de la historiografía naturalista, empeñada en saber lo que Platón dice —sin tener en cuenta quién es el que hace la pregunta y convirtiendo al hombre que pregunta en “el hombre” genérico—, hoy sabemos que sólo podemos entender a Platón si nos preguntamos por lo que Platón nos dice a nosotros; pero, eso sí, cuidando de que sea él quien hable, no nuestra concreta experiencia actual. ¿Vigila siempre Antonio Tovar el estricto cumplimiento de esta exigencia? ¿No habrá quizá demasiado tiempo nuestro en la interpretación de Lucano o en la visión de la decadencia helénica? Tales son las preguntas que tímidamente, desde mi apenas comenzada carrera de historiador, me atrevería a hacer a este ya eminente filólogo.

Titula Tovar a su libro *En el primer giro*. Hay en ello demasiada modestia. Si son necesarios siete para la total rendición de la muralla filológica, pienso que Antonio Tovar lleva cumplidos seis largos. Poco falta, pues, para que esa esquiva ciudad de la Antigüedad clásica, tan deshabitada de curiosos españoles desde hace dos siglos, nos ofrezca su siempre actual e inédito tesoro por obra de un español joven y de nuestro tiempo. Este libro, al menos, me parece prenda segura de la óptima cosecha futura.—P. LAÍN ENTRALGO.